



ELADIO CABAÑERO: RECORDATORIO

Mi amistad con Eladio Cabañero

Joaquín Benito de Lucas

Universidad Autónoma de Madrid

El recuerdo de Eladio Cabañero me acompañará siempre por la amistad que tuve con el hombre y la admiración que profesé al poeta. No fui el más íntimo de sus amigos, pero sí lo traté lo suficiente como para poder escribir estas líneas que quisiera que fuesen el testimonio de esa amistad.

Fue en el otoño de 1956 cuando conocí a Eladio. Me lo presentó Carlos Sahagún, por entonces compañero de estudios de Filología española en la Universidad madrileña. Desde el primer momento me pareció un hombre bueno, sencillo y generoso. Al año siguiente ganó el accésit del Premio Adonais con su libro, *Una señal de amor*; Carlos Sahagún obtuvo el Premio. Este hecho y unas declaraciones de Sahagún manifestando que el ganador del premio debió ser Eladio al que consideraba mejor poeta que él mismo desencadenaron una serie de comentarios entre algunos críticos de entonces. Cuando salió el libro, un año después, me lo dedicó así:

“A Joaquín Benito, poeta joven y amigo nuevo, esperando muchas cosas de él. Un abrazo. Eladio”.

Yo entonces era un joven poeta, como dice en la dedicatoria, que sólo había publicado algunos poemas en revistas y dado alguna que otra lectura.



Hasta 1960, año en que partí a Siria para dirigir el Centro Cultural Hispánico de Damasco, nuestra amistad fue creciendo. Pasamos horas enteras, junto a otros amigos, en bares y tabernas hablando de todo lo divino y lo humano, pero, sobre todo, de poesía. Años después, estando viviendo yo en Berlín, como Lector de Español en la Universidad Libre de la capital alemana, publiqué mi primer libro de poemas, *Las tentaciones*, en 1964. Un año antes, había publicado Eladio *Marisa Sabia y otros poemas* con el que obtuvo el Premio Nacional de Literatura. En uno de mis viajes a España, me regaló el libro —al tiempo que yo le di el mío— con esta dedicatoria:

“Para mi querido amigo Joaquín por todos estos años de poesía y amistad de la

buena. Por su primer libro de poemas, y que no sea el último, ¡coño! Un abrazo. Eladio Cabañero. Madrid, Septiembre 64.”

A pesar de mi alejamiento físico de Madrid, Eladio tenía siempre presente las horas de amistad vividas juntos. Y esa amistad se manifestaba en los continuos estímulos que me daba siempre para que siguiera escribiendo, lo que no podré olvidar nunca.

RESUMEN:

Joaquín Benito de Lucas, el poeta y profesor de Talavera, evoca en estas líneas su relación de afecto con Eladio Cabañero, sus coincidencias -y algún desencuentro- en diversos Jurados de certámenes poéticos, en particular los convocados por el Ayuntamiento talaverano, para concluir con un poema dedicado al poeta de Tomelloso.

Centro de Estudios de Castilla-La Mancha

Yo correspondía a su efecto lo mejor que sabía. Le dedicaba mis libros también con mucho cariño y, en *Materia de olvido*, poemario con el que obtuve el Premio Adonais, le dediqué un poema, titulado “La casa testigo”, que le gustó mucho cuando se lo enseñe manuscrito.

Pasados los años, en 1969 volví definitivamente a España, me instalé en Madrid y seguí disfrutando de la amistad y el cariño de este excelente poeta. Así, cuando publicó su *Poesía 1956-1970* en Plaza y Janés, con prólogo de Florencio Martínez Ruiz, libro con el que obtuvo el Premio de la Crítica, me lo dedicó con estas palabras:

“Para Joaquín Benito, amigo y compañero de versos de tantos años. Como siempre: Gavillazo en los riñones y abrazo fuerte. Eladio Cabañero. Madrid, abril, 1971”.

En Eladio había una veta de humor socarrona que los que le tratábamos conocíamos muy bien. Consistía en hacerse el “paleta gamberro” con expresiones como la de la dedicatoria que dejaban al descubierto, dentro de su rudeza, la bondad y el afecto de un hombre bueno.

Algún tiempo después, cuando se creó el Premio de Poesía “Rafael Morales” por el Ayuntamiento de Talavera de la Reina, tras unos años de jurados cambiantes, propuse a Eladio para ser miembro fijo junto a José Hierro, Jacinto López Gorje y yo mismo. Fueron años inolvidables en los que todos juntos íbamos a mi ciudad el día del fallo en el que era tradicional el cocido del mediodía en diferentes restaurantes de la ciudad: El Pastor, La Playa, Doña Inés, El Rinconcillo, La Montearagueña, etc., y la cena de gala en El Arcipreste o en los hoteles Husa o Beatriz. Sé que Eladio guardaba un hermoso recuerdo de las horas de discusiones y diversión pasados con motivo del premio. En las últimas convocatorias, y debido a su estado de salud, dejó de ser miembro del jurado. Pero, no obstante, con él participé en otros jurados de diferentes premios en los que siempre daba muestras de sus conocimientos poéticos y de su buen gusto literario.

El último jurado en el que estuvimos juntos fue en el del Premio “José Hierro” que convoca el Ayuntamiento de San Sebastián de los Reyes, del que ambos éramos miembros fijos. Fue en ese premio, en el fallo del año 1999, cuando Eladio se mostró conmigo de una manera inexplicable, al menos para mí. Con motivo de no estar en acuerdo en la valoración de un libro, me hizo una serie de acusaciones que no podía imaginar. Pasado ese momento de tensión, una vez fallado el premio, me pidió excusas, elogió mi persona y mi poesía —como siempre generosamente había hecho— y, me mostró su arrepentimiento de lo que me había dicho una hora antes. Y para rubricarlo, con esa cara de malicia inocente que a veces ponía, me amenazó cariñosamente con darme “un gavillazo en los riñones”.

Cuando supe que estaba internado fui a verlo en varias ocasiones al Hospital de la Princesa, donde pude hablar con él. Con voz muy débil me decía, hablando de su mujer que estaba presente: *¿Qué te ha parecido el último libro de Eduarda? ¿A que es muy bueno?*

En esas visitas al hospital coincidí alguna vez con Valentín Arteaga que no sé si iba a verlo en su condición de amigo y poeta o en su condición de sacerdote, aunque conociendo a Valentín, estoy seguro de que iba por ambas cosas que para él, y también para mí, son sagradas.

Estando en Talavera me enteré de su muerte unas horas antes de que fuera enterrado. No tuve tiempo, pues, de acudir a Tomelloso. Sí que estuve años antes, cuando *El Cardo de Bronce* le dedicó un número-homenaje en el que participé con un poema hecho ex profeso para él. Como testimonio repetido de verdadera amistad me permito reproducirlo ahora. ■

DESDE UN OTOÑO CUALQUIERA

*Yo conocí a un hombre,
hace ya muchos años,
que te daba una mano ancha de río
al saludar y abrazos como orillas
entre las que guardaba
la amistad junto al pecho
para que no se le cayera nunca.*

*Yo conocí a un poeta
que escribía sus versos
hablando por la tarde con la gente
o volviendo despacio la mirada
hacia el recordatorio de todo lo vivido.*

*Yo conocí a un amigo
con quien me siento
todavía frente a frente
ante una mesa, en un bar cualquiera.
Y le hablo de mis cosas:
de Talavera, de su pobre río,
de mi mujer, Françoise, de mi hija la mayor.
Y me escucha en silencio y se emociona
entre sus manos y sus dos orillas.
Y cuando me despido
se levanta y me abraza junto al pecho
como señal de amor que compartimos
desde cualquier otoño y cualquier día
de mil novecientos cincuenta y seis.*